

LA NATURALEZA DE LA ECONOMÍA CUBANA EN EL OCASO DE CASTRO

Por

Jorge A. Sanguinety

Presented at the Congreso Internacional de Cultura Cubana, 29-31 January 2004, Asociación Española Cuba en Transición.

Muchos de los que estudian la economía cubana cometen el error de aplicar un enfoque metodológico que excluye el análisis de las transformaciones institucionales y organizativas de esa economía. El problema, sin embargo, para llevar a cabo un enfoque más apropiado es que la economía cubana no es accesible para un estudio profundo dada la falta de transparencia del sistema de gobierno bajo Fidel Castro. Los datos disponibles de naturaleza cuantitativa, además de ser muy poco confiables, ofrecen una visión incompleta de la evolución de la economía cubana y el observador no tiene más alternativa que depender más de evidencias anecdóticas sobre los cambios institucionales y el devenir de lo que por omisión o por comisión pudiera llamarse la política económica del gobierno.

Mi experiencia personal como funcionario de la Junta Central de Planificación (JUCEPLAN) en los años sesenta me permite afirmar que la planificación centralizada, como el instrumento de dirección económica por excelencia de una sociedad socialista, nunca fue tomada en serio por Fidel Castro, aunque otros altos funcionarios o líderes del gobierno sí lo hicieron, pero a un gran costo personal para ellos, especialmente Osvaldo Dorticós y Ernesto (Ché) Guevara. ¿En qué me baso para afirmar esto? Primeramente, en la manera improvisada en que se condujo la formulación del primer plan cuatrienal que se intentó por la burocracia gubernamental bajo la dirección de JUCEPLAN. Tal plan cubriría el período 1962-1965 y se prepararía en el transcurso de 1961 bajo guías metodológicas de la Junta para ser seguidas por los diversos organismos del estado y sus empresas consolidadas.¹ La formulación del plan consistía, a grandes rasgos, en preparar planes de producción y de inversiones con sus respectivos requisitos de empleo y de abastecimientos para cada empresa o unidad productiva, datos que se agregarían a nivel de empresa consolidada y se presentarían al ministerio correspondiente para ser enviados posteriormente a la Junta.

Este ejercicio tenía varios defectos críticos, incluso desde el punto de vista de lo que podría ser el modelo ideal de planificación socialista centralizada. Primeramente, el plan carecía de una base estadística elemental y la mayoría de los organismos tuvieron que improvisar su base informativa para elaborar las cifras que la Junta exigía. Por ejemplo, en el plan de abastecimiento (llamado técnico-material) del INIT había que proponer las cantidades de centenares de productos que las empresas creían que necesitarían para cumplir metas de producción arbitrariamente establecidas. Las miles de empresas involucradas en el plan acababan de ser expropiadas por el gobierno y casi todas tenían nuevos administradores y no sabían exactamente sus capacidades ni sus necesidades para un año, mucho menos para cuatro. De más está decir que las cifras sometidas a los ministerios correspondientes y de ellos a la Junta no tenían sentido y en la mayoría de los casos ni siquiera se podía establecer si existía en el país la capacidad de producir o importar lo que se pedía. En este sentido el plan de las empresas se convirtió en una expresión grosera y caprichosa de la demanda de productos y servicios intermedios.

Un segundo defecto de la planificación era que el personal a cargo de la misma en cada empresa, empresa consolidada u organismo central no estaba debidamente capacitado y el ejercicio se convirtió en uno de

tipo burocrático donde el objetivo era llenar formularios aunque las cifras no tuvieran mucho sentido. Las más altas autoridades del gobierno, en su mayoría, no parecían estar conscientes de lo absurdo que era el ejercicio que se estaba llevando a cabo y además parecían dar por sentado que los niveles de producción se mantendrían de alguna manera.

Un tercer problema en este proceso era el de la falta de una política de desarrollo coherente, que estableciera una dirección clara de hacia dónde quería el gobierno llevar la economía. En sus esfuerzos planificadores, los funcionarios de nivel intermedio más conscientes de estos problemas clamaban por directivas de producción que les sirviera de ancla para poder proyectar por cuatro años la demanda derivada de los insumos correspondientes, tanto de tipo físico como humano. Esta deficiencia se mostraba en los cambios de dirección de las declaraciones oficiales sobre lo que más se acercaba a una política económica. De tales declaraciones, la más importante al comienzo del proceso revolucionario fue la política de reducción o demolición azucarera que se aplica hasta el año 1964 y en la que se reducen los niveles de producción tradicionales en más de la mitad. Tal política de industrialización tenía una cierta inspiración estalinista pero en realidad obedecía a la vieja doctrina de sustitución de importaciones que prevalecía en América Latina.

Sin embargo, cuando Fidel Castro anuncia un giro de 180 grados en el sector azucarero y compromete al país a una zafra record de 10 millones de toneladas métricas para 1970, se introduce un elemento de gran confusión en el sistema de planificación y se abandonan ciertos aspectos del supuesto plan de industrialización como el desarrollo del norte de Oriente con base en la producción de acero. Mientras la Junta intentaba articular alguna forma de planificación e introducir algún orden en el manejo de la economía cubana, Fidel Castro formulaba por su cuenta algunos planes de desarrollo sectorial que añadían más a la confusión de la dirección económica del país. Ejemplos típicos de tales planes personales (denominados Planes Especiales por la Junta en un intento desesperado por darles algún tratamiento dentro de la planificación centralizada) fueron los planes de desarrollo de ganado vacuno y porcino. Estos cambios radicales coinciden con la desaparición del Ché Guevara de Cuba y se suman a otras razones para pensar que era él tenía serias discrepancias con la dirección que estaba tomando la revolución cubana.

Y un cuarto problema digno de mencionarse aquí fue el de la falta de un criterio explícito para determinar los precios de los productos y de los servicios que se incluirían en el Plan. Era claro que en toda la abrumadora producción de bibliografía sobre el socialismo desde Marx hasta Oscar Lange y Michael Kalecki, pasando por Charles Bettelheim, Paul Sweezy, Paul Baran y Ernest Mandel, no hay el fundamento teórico que le permita a una economía centralmente planificada sustituir al mercado como instrumento principal en la determinación de los precios de todo lo que produce y se intercambia. Lo que había como sustituto parcial era el llamado sistema de balances materiales que intentaba equiparar oferta y demanda (palabras cuyo uso estaba prohibido en Cuba por ser consideradas de origen burgués) pero que no tenía manera de determinar el precio de cada producto para el cual se hiciera el balance. Como resultado de todo esto, el Plan tenía otro elemento arbitrario y era el de los precios de todos los bienes y servicios, muchos de los cuales quedaron congelados a los niveles que predominaron entre 1959 y 1960.

Esto creó una enorme cantidad de desajustes en la economía los cuales tuvieron varias repercusiones. Con la ayuda de un mecanismo de centralización presupuestaria donde los ingresos de las empresas iban a un fondo común y sus egresos eran financiados por el estado sin consideración alguna sobre las ganancias, las ineficiencias y desequilibrios de cada empresa se hicieron prácticamente invisibles. Aunque había voces en el gobierno, como la de Carlos Rafael Rodríguez que abogaban por una medida de eficiencia económica a nivel de las empresas individuales, este grave problema no parecía perturbar al máximo líder. Todo lo cual

causaba que las ineficiencias agregadas de las empresas hacían que el país estuviera gastando más riqueza de la que creaba y, con la ausencia de reservas capaces de cubrir el déficit por algún período, Cuba necesitó ayuda externa en volúmenes crecientes, lo que dió origen a una dependencia crónica de los subsidios soviéticos.

A pesar de la precaria economía cubana, del fracaso de la zafra de 1970 y la devastación económica que la misma dejó como secuela y del fracaso de todos los Planes Especiales, Fidel Castro persiguió una agenda eminentemente política de interevención en los asuntos internos de otros países durante las décadas de los setenta y ochenta. Tal agenda fue encubierta, como en casi todos los casos de intervención en América Latina, mientras que en otros fue abierta, como en los países africanos.

Esta política es irreconciliable con una política de desarrollo económico como la que fue prometida por Fidel Castro y por Ernesto (Ché) Guevara en los primeros momentos de la llamada revolución socialista. Incluso cuando uno examina de cerca el aparato de lo que parecía ser un aparato de planificación económica central surgen dudas sobre la verdadera naturaleza de las creencias socialistas de Fidel Castro.

Con el ascenso de Mikhail Gorbachev, Castro recibió las primeras indicaciones de que los subsidios no podían continuar a ese nivel y acabaron desapareciendo con la disolución de la Unión Soviética. Este fenómeno tan inesperado para el mundo como lo fue para Fidel Castro, dejó al desnudo la economía cubana pero también se comenzó a descubrir lo que había sido la política económica del gobierno hasta entonces por las medidas que no se tomaron a partir de 1990. Si con la desaparición de la Unión Soviética Fidel Castro no cuenta con los recursos que le permitieron perseguir una agenda de intervenciones internacionales que lo convirtieron ante los ojos de muchos una especie de paladín del Tercer Mundo, ¿por qué ahora que tiene que abandonar esa agenda no libera la economía interna lo suficiente para mejorar el nivel de vida de los cubanos?

En los años ochenta Castro permitió una liberalización de los mercados campesinos que tuvo un gran éxito y que él mismo liquidó aparentemente cuando se dio cuenta de que el proceso le estaba dando demasiadas libertades a los cubanos, libertades que podían ser utilizadas para desafiar sus poderes absolutos. Castro tenía que suponer que la desaparición masiva y abrupta del bloque socialista tendría un gran impacto en los cubanos, a pesar de toda la propaganda y todos los recursos dedicados a la educación para venderle al público la idea del socialismo, de manera que la economía tenía que seguir sirviendo como un mecanismo de control del ciudadano por medio de diversas formas de racionamiento y manejo de la escasez. Fidel Castro comprende muy bien, definitivamente mejor que sus enemigos, que la libertad económica es necesaria para la libertad política y aunque no es una condición suficiente, no está dispuesto a correr riesgos innecesarios en esa dirección.

Al desaparecer los subsidios que ayudaban a mantener un balance precario entre la oferta y la demanda agregada de bienes y servicios en el país, se crea un desequilibrio que a su vez genera una gran crisis de abastecimientos a la población, afectando artículos de primera necesidad. Esta situación a su vez desemboca en éxodos clandestinos de cubanos tratando de alcanzar las costas de los Estados Unidos en naves improvisadas y una expectativa general de que el régimen está en peligro. Sin embargo, Castro consigue manejar la situación mediante la aplicación de medidas de ajuste y de una apertura selectiva y muy controlada del sector externo a inversiones y empresas extranjeras, muchas de las cuales están encaminadas a regenerar la industria turística del país. Irónicamente, el desarrollo de la industria turística fue presentado en los primeros momentos del proceso revolucionario como uno de los posibles pilares del desarrollo económico de Cuba, pero abandonado pronto por razones que nunca fueron explicadas. Es obvio que el

desarrollo de este sector no era compatible con una agenda política internacional que tenía como eje central la confrontación con los Estados Unidos como parte de su deber central de combatir “el imperialismo, la dependencia y el subdesarrollo”:

Las medidas de ajuste fueron erróneamente catalogadas como de reforma por muchos observadores de la economía cubana. En su análisis no vieron que todas las medidas que se tomaron, especialmente la de permitir el trabajo por cuenta propia a un elevado número de trabajadores del estado cuyos salarios no se podían sostener, eran estrictamente reversibles a discreción única del gobierno. No obstante las medidas de ajuste, el gobierno no consigue reducir la dependencia de la economía cubana y del gobierno mismo de los nuevos subsidios, o sea, las remesas de los cubanos exilados que envían importantes sumas de dólares a sus familiares en la isla.

En este contexto Fidel Castro se ha esforzado por muchos años en lograr que los Estados Unidos levanten el embargo económico que tienen sobre Cuba y que el propio Castro propició en los comienzos de su revolución para conseguir aislar a Cuba del resto del mundo y así manejarla a su antojo. Parte del esfuerzo se ha basado en tratar de demostrar que la pobreza de la economía cubana se debe al embargo y no a la naturaleza intrínseca de su gobierno, de la falta de un compromiso con la economía de los cubanos y de la predominancia de una política internacional contraria al interés nacional. Muchos en el extranjero compran la propuesta castrista pero no se dan cuenta de que en realidad la economía cubana está sujeta a dos embargos, el que conocemos por parte de los Estados Unidos y que cada vez es menos restrictivo y el que de hecho el propio Castro ha impuesto sobre los cubanos y que consiste en todo el conjunto de restricciones a los cubanos para producir, trabajar, comerciar, vivir, trabajar y consumir con plenas libertades. Esto significa que si se levanta solamente el embargo de los EEUU sin que los cubanos en la isla tengan más libertades para actuar como sus propios agentes económicos sin la tutela del gobierno, los beneficios de un levantamiento unilateral del embargo van a concentrarse principalmente en Fidel Castro y aquéllos miembros de la nomenclatura que él decida beneficiar. Por eso es razonable proponer, frente a la alternativa de un levantamiento unilateral del embargo norteamericano sin nada a cambio por parte del gobierno cubano, el levantamiento gradual de ambos embargos, el que se conoce por ese nombre y el que yo he dado por llamar el embargo interno o el impuesto por Castro.

De esta manera no sólo se mejorarían las condiciones de vida de los cubanos, sino que se reducirían o hasta eliminarían las inequidades que resultan del sistema de remesas y el poco alcance a la ciudadanía del sector turístico que hace que muchos cubanos no puedan beneficiarse del acceso al dólar. Además, y lo que es muy importante, se mejorarían las condiciones de lograr una transición democrática una vez que Castro desaparezca y se pueda construir una economía basada en amplias libertades individuales para todos los cubanos. La pobreza crónica del cubano y la acumulación de necesidades que siguen a tantos años de privaciones, sobre todo en materia de vivienda, dejan como legado a una población impaciente que si no comprende que sus problemas económicos no se pueden resolver en corto tiempo, puede engendrar inquietudes y movimientos de protesta que desestabilicen el gobierno de transición.

Cuba posiblemente sea el país socialista que está en peores condiciones actualmente para construir una economía de mercado. Esta condición hace todavía más urgente que se cambie radicalmente el régimen actual para bien de los que viven en la isla, pero al mismo tiempo complica extraordinariamente el proceso de transición hacia la libertad y hacia el mercado. La condición que más ha de dificultar una transición es posiblemente el aislamiento del cubano, la falta de una sociedad civil, su dependencia absoluta del gobierno y el factor concomitante, la falta de experiencia y de conocimientos sobre cómo operar en una democracia, qué es una economía de mercado y cómo organizar a la ciudadanía para obtener todo ésto.

¹ La empresa consolidada era un consorcio que abarcaba todas las empresas de un mismo sector o rama de producción o servicios. Por ejemplo, el Instituto Nacional de la Industria Turística, donde yo trabajaba antes de unirme a la Junta en 1963 contaba con diez empresas consolidadas, entre ellas la de hoteles, que poseía y administraba todos los hoteles del país; la de restaurantes y cafeterías; la de centros de caza y pesca; la que administraba las playas y otras del sector turístico. Del mismo modo el Ministerio de Industria, el Instituto Nacional de la Reforma Agraria y otros ministerios contaban con su propia colección de empresas consolidadas.